

Enrique Espinoza

El ángel y el león (*)



N el prólogo al primer tomo del *Salón* —miscelánea literaria iniciada en París a fines de 1832 y que hoy se conoce por el título de cada ensayo en particular— Heine destaca humorísticamente su trayectoria de poeta y campeador mediante la insignia superpuesta del ángel y el león. El ángel de oro y el león encarnado.

Ya en octubre de 1827, el gran satírico advierte a su amigo Moser la salida del *Buch der Lieder* bajo el auspicio del segundo volumen de los *Cuadros de viaje*, cuyo veto por el gobierno prusiano aquel juzgó innecesario, porque lo mismo se hubiera leído mucho el libro sin eso...

No es extraño, pues, que al término de otro lustro —echando en olvido el metro y la rima— Heine concluyera su más perfecto prefacio del destierro así:

“Los áureos colores del ángel se han secado desde entonces casi del todo en mi paleta, y sólo ha quedado líquido, un rojo crudo que parece sangre, y con el que no se puede pintar más que leones encarnados”.

(*) De un libro en prensa bajo el mismo título que contiene además de otros trabajos sobre Heine, toda una serie ordenada de páginas acerca de Turguenev, Jacobsen, Flaubert, Maupassant, Gide, Kafka, Rathenau, Einstein, etc.

¿Fueron, por ventura, otra cosa, junto a las canciones del *Mar del Norte*, los simultáneos *Fragmentos Ingleses*?

Evidentemente, mucho antes de atravesar "el nuevo Jordán que separa la tierra sagrada de la libertad del país de los filisteos", Heine habíase alistado con su pluma de polemista en la batalla por la emancipación humana.

El tambor Legrand, aquel soldado francés a quien con tanta gracia evoca el libro autobiográfico de igual título, le enseñó a redoblar la Marsellesa revolucionaria en su más tierna infancia. Estando aún el futuro poeta sentado en los bancos de la escuela elemental, entra en su Dusseldorf nativo el general Napoleón, y el reflejo de su gloria le causa tanta impresión como a Goethe y Hegel.

Sin embargo, al comienzo del capítulo acerca del campo de Marengo (en el *Viaje a Italia*), el cantor de los *Granaderos* fija el alcance de su bonapartismo diciendo:

"Ruégote, lector amado, que no me tengas por un bonapartista incondicional. Mi homenaje no es a las acciones sino al genio del hombre. Incondicionalmente, sólo le amé hasta el 18 Brumario, día en que hizo traición a la libertad".

Heine coloca el bien de la libertad por encima de todo. A este propósito hace unas reflexiones insuperables al recordar su primera y temprana lectura del *Quijote*. Refiriéndose a su propia experiencia de hijo de un pueblo encadenado, escribe:

"Y por eso no vertió en vano sus lágrimas el niño cuando lloraba ante las desventuras del insensato caballero, como tampoco el adolescente cuando por las noches en su cuarto de estudio lloraba por la muerte de tantos héroes de la libertad: por el rey Agis de Esparta, por Cayo y Tiberio Graco, por Jesús de Jerusalén y Robespierre y Saint Just de París".

Luego el novel jurisconsulto, hablando en tercera persona siempre, agrega este anhelo único:

"Ahora que se ha vestido la *toga virilis* y pretende ser un hombre, se ha acabado el llanto y ha llegado el momento de obrar

imitando a los grandes antecesores, para ser, Dios lo quiera, llorado a su vez por niños y adolescentes”.

* * *

Después de Shelley, prematuramente desaparecido en 1822, ningún poeta europeo es comparable a Heine por su don profético y el coraje de proclamarlo en prosa o verso con la manifiesta esperanza de conmover a lo progenie del porvenir.

Como una de las primeras y más grandes víctimas del nacionalismo exclusivo, el autor de los *Cuadros de viaje* inicia una verdadera campaña contra la manía persecutoria que tarde o temprano se apodera de cualquier gobierno absolutista.

Camino de Munich a Génova, Heine plantea esta ocurrencia sobrecogedora en nuestro tiempo: “Si toda Europa se convirtiera en un inmenso calabozo, aún quedaría otro agujero por donde meterse —América— y ¡gracias a Dios! el agujero es mayor que el calabozo”.

Pero el intrépido visionario no se forja excesivas ilusiones sobre América. Sabe hasta dónde imita el nuevo mundo los prejuicios del viejo. Así no deja de advertir a la distancia:

“El criollo pide los derechos del europeo... pero arremete contra el mestizo, que a su vez lo hace contra el negro”.

* * *

Releyendo los sorprendentes *Reisebilder* a ciento y tantos años de su aparición, se comprueba la extraordinaria vigencia de su contenido social y político. Por algo se publican en España entre las obras más avanzadas del pensamiento contemporáneo.

Cualquier acotación resulta opaca junto a un texto heiniano bien elegido y oportunamente puesto de relieve. Lo sé por propia experiencia.

Bajo el impacto de los grandes honores militares que con mo-

tivo del Primer Congreso Eucarístico argentino le fueron rendidos al entonces cardenal Pacelli, después Pío XII, me limité a copiar para un diario de Buenos Aires las siguientes líneas de *La ciudad de Lucca*, escritas por Heine un siglo atrás:

“Había casi más soldados que clérigos; pero el mantenimiento de la religión exige ahora muchas bayonetas, y cuando se va a la bendición, deben tronar en la lejanía los cañones”.

El desnudo aforismo del gran poeta expresó más al pie de la letra lo que acababa de pasar a nuestra vera que numerosas crónicas de adorno espectacular.

También sus diez o doce páginas en torno al campo de Marengo: “aquí el general Bonaparte bebió un trago tan grande en la copa de la fama que su embriaguez le hizo cónsul, emperador, conquistador del mundo, y no pudo recobrar el sentido hasta Santa Elena”, valen de seguro por muchas voluminosas biografías napoleónicas.

El paralelo que intenta el peregrino apasionado entre la libertad inglesa, nacida de acontecimientos históricos y la libertad rusa, nacida de principios, “pues los rusos son cosmopolitas, ya que Rusia es la sexta parte del mundo”, le pareció excelente a un psicólogo de la talla de Dostoiewski.

Por su lado, Matthew Arnold, el crítico victoriano, vió en Heine al “sucesor y continuador de Goethe en la vía de mayor importancia de su genio y actividad”.

* * *

Entre nosotros, como en España, Heine fué apreciado durante mucho tiempo principalmente por cierta popularísima versión del *Buch der Lieder*. Un romance de Fernández Moreno (1) en el cen-

(1) Quizá no sea del todo fatuidad de mi parte dejar constancia en una nota que lo escribió a mi pedido para una velada conmemorativa bajo los auspicios de la Sociedad Hebraica Argentina de Buenos Aires en noviembre de 1927.

tenario de la famosa obra, expresa con exactitud el conocimiento que toda una pléyade literaria hispanoamericana tenía entonces del lírico adalid:

*Don Enrique, don Enrique,
qué diablos sé yo de ti.
Hace más de veinte años
sospecho que te leí.
La traducción de Llorente
muchos versos, más de mil;
pero que olían un poco
a cocido y a Madrid.*

Este tufillo folklórico evocado por Fernández Moreno impregna ya en Nicaragua el verso incipiente de Rubén Darío y no logra desvanecerlo por cierto *El Cancionero* de José Antonio Pérez Bonalde, que Menéndez y Pelayo considera en 1885: "el monumento más insigne que las letras castellanas han dedicado al último gran poeta que hemos alcanzado en nuestro siglo".

En la Península, Gustavo Adolfo Bécquer había presentado el encanto innegable del *Intermezzo* a través de la prosa de Gerard de Nerval y de las primeras adaptaciones métricas, casi definitivas, hechas por Eulogio Florentino Sanz. Pero como afirma con fundamento Enrique Díez-Canedo: "Esta cuestión de la influencia de Heine en Bécquer se ha solido tratar con un criterio "patriótico", inaplicable a una mera cuestión literaria". Por lo que también asegura el mismo escritor en forma terminante: "Bécquer es en la poesía española un Heine unilateral".

El artífice de las *Rimas* carecía en efecto de una visión propia del mundo. Su obra es valiosa pero limitada. No tuvo tampoco "los rasgos irónicos que forman, por así decirlo, el elemento masculino de Heine", según la sabia opinión de Menéndez y Pelayo.

* * *

En 1912, prologando en París *El Cancionero* de Pérez Bonalde, más tarde reeditado en Madrid y Buenos Aires, el crítico dominicano Andrejulio Aibar echaba de menos en sus páginas los dos ciclos de poemas del *Mar del Norte* y una que otra canción juvenil como aquella en que, tras enumerar los recursos manidos de su propia poesía, Heine confiesa:

Pero están lejos de formar un mundo...

Verso de una gran conciencia, que sale al encuentro de las objeciones que a una parte del *Libro de los cantares* haría en nuestro tiempo Jorge Brandes.

En 1918, al trasladar, sin mayores variantes, las *Páginas escogidas* que publicara en prosa el "Mercure de France", Diez-Canedo desempolva en el epílogo una vieja reseña de doña Emilia Pardo Bazán sobre "La fortuna española de Heine". Y si bien como historiador circunspecto, muestra cuanto invocaba la erudita condesa en defensa de lo que, invirtiendo a Menéndez y Pelayo, llama ella "el elemento femenino de Heine", no puede menos que concluir a contrapelo el comentarista:

"Dejó, pues, a un lado, el siglo XIX español, todo el elemento masculino de Heine".

Diez-Canedo pretende colocar a Menéndez y Pelayo por encima de "los que sólo se extasiaron con el poeta del pino y de la palma"; pero aún donde aquél se refiere al "proteo multiforme" tiene un párrafo de largo aliento que dice nada menos:

"Yo no sé si nuestros nietos leerán todavía la *Alemania*: de fi-jo no la leerán ni los jóvenes ni las mujeres; pero sé que el pino del norte soñará eternamente con la palmera oriental, y que cuando se hayan apagado los últimos ecos de la terrible canción con que hilaban su venganza los tejedores de Silesia, proseguirá brillando

aquella trémula estrella que descendió del cielo a la tierra, como leemos en el *Intermezzo*".

Todo lo contrario sostiene André Gide, al decir en una de sus *Cartas a Angela*: Heine ha encantado mi adolescencia. Lo he querido tanto o más que a ningún poeta de Francia. "Más hoy, no es solamente, y menos para nosotros, el poeta del *Buch der Lieder* sobre todo".

Cierto que como T. S. Eliot a propósito de Milton, el gran polígrafo hispano supo sincerarse al comienzo de su prólogo, apuntando:

"Confieso que en otro tiempo gustaba yo poco de Enrique Heine considerado como poeta lírico". Y a renglón seguido: "Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos".

Con todo, ningún escrúpulo estético le impide dictaminar a vuelta de página:

"Sus audacias de polemista, sus arranques humorísticos pasarán en gran parte con las circunstancias que los engendraron; ¿qué digo? están pasando ya" (1).

En su celo reaccionario, Menéndez y Pelayo, después de haber descargado su conciencia de "antiguas ligerezas", no evita otras. Por ejemplo, hace irrisión de aquello que constituía para el poeta "el combate por la humanidad" y asegura que ésta "quizá olvidará los elocuentes y deslumbradores *pamphlets* de Heine", puesto que cada día ya leyendo menos a Voltaire...

Algo parecido repite doña Emilia en su artículo, aunque de manera más lánguida y con menos autoridad. "Cuanto de Heine —dice— se lee y relee y aprende de memoria en Francia (sic), en

(1) He aquí un texto de los "Cuadros de Viaje" que vale la pena tener en cuenta: "No sonrías, lector de los tiempos venideros. Cada época piensa que su lucha es la más importante de todas; y esta es propiamente la fe de la época con que vive y muere. También nosotros queremos vivir y morir en la religión de la libertad que acaso merezca mejor el nombre de religión que la vacua y muerta fantasmagoría de las almas a la que solemos dar este nombre".

Italia, en España, no es *Lutecia* ni *Germania*, ni *Atta Troll*, sino las enamoradas, risueñas y desesperadas canciones del *Entreacto lírico*... y el poeta hispano que bebió en la heiniana inspiración no imitó por cierto diatribas y *pamphlets*, cuentos de invierno ni de verano, sino suspiros, quejas y ternezas amorosas..."

Pero, de qué asombrarse si hasta un vate liberal como Núñez de Arce reconoce únicamente virtudes románticas a Heine, mientras el gran poeta italiano Carducci le dedica, por su espíritu cívico, una oda libertaria.

Claro que Menéndez y Pelayo a lo menos puntualiza magistralmente: "Heine sin la ironía es medio Heine y la ironía heiniana lo mismo que la ironía socrática no se imita ni se parodia". Lo que importa un reconocimiento al fin y al cabo. Sin embargo, quien va más allá del *Libro de los Cantares* y estudia el *Romancero*, que tanto fondo hispano invoca desde su título, es don Juan Valera.

Por 1927, Carlos M. Grünberg traduce muy dignamente, no sin mi empeño, la primera de las *Melodías hebraicas* para los *Cuadernos de Oriente y Occidente* cuya dirección me confirieron los Amigos de la Universidad de Jerusalén bajo la presidencia de Leopoldo Lugones. Para estos *Cuadernos* de grata memoria, entregóme asimismo Ezequiel Martínez Estrada su excelente *Humoresca heiniana*:

*El era así después de todo,
mitad de una manera y mitad de otro modo.*

*Su alma rebelde y musical
era capaz de una pasión universal.*

Imposible, por tanto, negar la trascendencia que tuvo el *Libro de los Cantares* no sólo entre nosotros. Ha hecho escuela en todo el mundo. No falta el *ungue leonem* en sus propias páginas. Ahí están: *Los granaderos*, *La peregrinación a Kevlaar*, *El Puerto*.

En su polémica con el conde Platen el mismo Heine observa

que la leona no empieza pariendo un conejo y luego un lebratillo y por último un cachorro. Ejemplificando *apres nature* añade: "Mme. Goethe la primera vez que dió a luz nos regaló con un cachorro y éste del primer parto echó fuera su león de Berlichingen".

Sin apartarse del *Buch der Lieder* pudo Alberto Gerchunoff llamar justamente a su autor "el poeta de nuestra intimidad". Lástima que creyera necesario incurrir al mismo tiempo en el menosprecio de Goethe. Gerchunoff no exalta, en verdad, con ello más la figura de aquél de quien Balzac dijo que cantaba como los ángeles y rugía como los profetas.